

LA POLÍTICA FRANQUISTA DE SEGURIDAD Y DEFENSA

Ángel Viñas
Universidad de Burgos

Introducción

El vocablo «política» tiene, según el diccionario de la Real Academia Española, varias acepciones. Para los propósitos de este trabajo sólo son relevantes dos. En una de ellas, se designa como «política» la orientación o las directrices que rigen la actuación en un campo determinado. En la segunda acepción se trata, específicamente, de la actividad de quienes rigen los asuntos públicos. Por su parte, la locución adjetiva «de seguridad» se refiere a una actuación cuyo fin es velar por la seguridad de los ciudadanos. La política de defensa no queda claramente definida pero el diccionario sí resalta la idea fundamental de que implica acciones destinadas a defender algo o a defenderse de algo.

En consecuencia, cabría afirmar que la política de defensa es un concepto más restringido que la política de seguridad y que se distingue de esta última tanto por su ámbito más concreto de incidencia como por la especificidad de los instrumentos que utiliza. La defensa se lleva a cabo contra adversarios exteriores o para hacer frente a amenazas y riesgos externos. La seguridad, aunque puede referirse al exterior, engloba la vertiente interna. La defensa exige apelar al instrumento disuasorio o de retorsión por antonomasia que es el ejército (en el que, obviamente, se incluyen también la fuerza aérea y la naval). La defensa está siempre relacionada con la potencia o el poder «duros» de un Estado (*hard power*). La seguridad, cuando se proyecta al exterior, utiliza también otros instrumentos (*soft power*). De cara al interior se sirve de componentes específicos del aparato represivo estatal, desde las policías locales a las gendarmerías, a tenor de una escala de elevación prevista en la ley. En ésta suelen definirse las circunstancias en las

que el empleo de la fuerza es permisible y que son tanto más restringidas cuanto la separación entre seguridad y defensa es más nítida. La utilización de las Fuerzas Armadas de cara a problemas de seguridad interior está, en el mundo occidental, históricamente sobrepasada (en Inglaterra, valga el caso, tras las guerras napoleónicas). Responde a las pulsiones de sistemas insuficientemente desarrollados y democratizados.

Esta ponencia se articula en torno a seis tesis y una conclusión, a saber:

1. En el plano conceptual el franquismo se atuvo, ante todo, a una política de seguridad sobredimensionada que puso en primera línea de la atención los riesgos y las amenazas internos que pudieran provenir de los vencidos en la guerra civil o de sectores cuya actuación pudiera resultar desestabilizadora para la dictadura.
2. Ello no obstante, tras la guerra civil la política de defensa tuvo, por extraño que parezca, un tono ofensivo que no llegó a materializarse. Ahora bien, la neutralidad durante la guerra mundial, aconsejada por la extrema penuria de medios, se mantuvo gracias a circunstancias y mecanismos exógenos a la dictadura.
3. La orientación esencial de la política de seguridad y defensa se observa no sólo en el plano doctrinal sino, y sobre todo, en el despliegue de los efectivos. Estos se verificaron, esencialmente con propósitos y fines internos para intimidar o liquidar al «enemigo interior». Ello no obstante, también se dirigieron contra una eventual invasión y, en los albores de la guerra fría, contra el enemigo de siempre, el bolchevique.
4. Un rayito de sol lo ofreció la posibilidad de enlazar en el plano técnico con otro mundo militar, el de Estados Unidos. Ahora bien, la conexión sirvió de inmediato para favorecer los despliegues y equipamientos destinados a la disuasión y represión caseras.
5. En la primera ocasión que tuvo el régimen franquista de hacer frente a una amenaza estrictamente externa, el fracaso logístico y operativo inicial fue estrepitoso, aunque se silenciara para no turbar a una opinión aherrojada por el aparato de intimidación, propagandístico y de censura de la dictadura.
6. Sólo en años más avanzados se inició una tímida renovación, malograda, de algunos planteamientos conceptuales y orgánicos. Aunque fueron impulsados desde la cúspide, en aras de una necesaria modernización nada revolucionaria, se vieron malogrados.

La intención de esta ponencia es comentar las tesis anteriores, aunque el punto central se resume brevemente. A lo largo de sus treinta y tantos años de duración, *el franquismo careció de una auténtica política de defensa*. La que pasaba como tal se dirigió a mantener aplastados a quienes se caracterizaba como «traidores» y «malos españoles», teledirigidos en general desde Moscú, según se afirmaba. Ello no obstante, el franquismo perfiló y desarrolló pragmáticamente un modelo de disuasión peculiar, cuyo punto central lo constituyó la conexión, absolutamente vital, con Estados Unidos. A la exposición de sus rasgos esenciales se dedican las conclusiones.

Primera tesis: El enemigo auténtico es el de casa

Existe en la literatura una tensa controversia acerca del papel político de los militares durante el franquismo. Algunos señalan que dicho papel no correspondió tanto a la institución armada en sí como a personalidades individuales de la misma. En este sentido no cabría hablar de un «poder militar» y sí del «poder» de ciertos militares. Otros, por el contrario, destacan el papel de los militares en general como reserva de los mecanismos de seguridad, cantera de personal político, generadores de ideas y políticas y repositarios de los fondos ideológicos.

Esta polémica es un tanto huera. Las Fuerzas Armadas se convirtieron en el principal bloque de poder dentro del magma que dio soporte al nuevo régimen. Nacido de una cruenta guerra civil, que su propia mitología proyectaba nada menos que como la manifestación de un combate planetario contra ese enemigo por antonomasia de la civilización cristiana que era el comunismo, el franquismo empezó a construirse sobre los escombros de un país golpeado y sobre los hombros de una gran masa de población acogotada y amedrentada pero que los vencedores creían capaz de volver a las andadas a la primera ocasión. Sus centuriones se lanzaron con entusiasmo a la tarea de impedirlo o de disuadirlo.

Los sociólogos han cuantificado la metástasis que se produjo en los agigantados aparatos del Estado y descrito cómo los hombres de uniforme, profesionales de antes de la guerra o encauzados en ésta, se infiltraron por los más insólitos vericuetos de la gestión gubernamental. Parcelas enteras de la política quedaron bajo su control, tanto a los niveles directivos como en los escalones ejecutivos en los que antiguos soldados y falangistas de toda laya más o menos militarizados se desparamaron como una mancha de aceite. El resultado fue que los minis-

terios centrales y las autoridades locales se convirtieron poco menos que en remedos de patios cuartereros.

En estas condiciones, y con millones de arreglos de cuentas pendientes, hubiese resultado sorprendente que quienes habían alcanzado la victoria no intentaran difundir, a lo largo y a lo ancho del país, un *ethos* y una praxis que estuviesen en consonancia con los postulados del militarismo español y de su arrogante creencia en la supremacía del poder militar, permanente, sobre el poder civil, al fin y al cabo contingente y, como se decía desde aquél, no siempre representativo de los intereses de la Patria. José Antonio Olmeda describe este talante en los siguientes términos:

«Las Fuerzas Armadas triunfan en un conflicto armado absoluto, en el que al enemigo se le considera como la personificación del mal y el objetivo de la contienda es destruirle tanto como sea posible (...) Una de sus secuelas de mayor peso es la consolidación de la percepción de la amenaza en el escenario nacional y el acento en la teoría del enemigo interior»¹.

El régimen que emergió de la VICTORIA (con mayúsculas) no fue sólo una prolongación de ciertas tendencias reaccionarias ya advertidas en la etapa primorriverista y durante la República. Aspiró a frenar en seco y reorientar la evolución política, social e intelectual española y a basar la nueva concepción del poder tanto en un autoritarismo extremo y excluyente como en un militarismo absorbente, utilizado para mantener en la inacción, en las prisiones o bajo tierra a todos los enemigos de la PATRIA (también con mayúsculas), ya fueran izquierdistas, liberales, masones y protestantes.

En la bazofia literaria que produjo en grandes cantidades aquel paradigma de militar «ilustrado» que fue el teniente general Jorge Vigón hay un párrafo que quizá pueda ahorrar largas disquisiciones al respecto. En su panfleto *El espíritu militar español* se encuentra, por ejemplo, la siguiente perla:

«Después de la guerra última, [el segundo conflicto mundial, AV] los recalitrantes han vuelto a iniciar su turbia propaganda. En Suiza (sic)... aparecieron como gérmenes activos de ella, sujetos procedentes de los partidos políticos de extrema izquierda, e intérpretes arbitrarios de una preceptiva religiosa, católicos a veces, pero la mayor parte de ellas protestantes. Importa tener esto en cuenta en un momento en que la propaganda protestante ha entrado en España en un período de acti-

¹ OLMEDA, p. 104.

idad proselitista de la que nada bueno puede esperarse. En España el heterodoxo ha sido siempre un disconforme; ni podrá ahora sentirse íntimamente ligado a nuestra historia ni jamás se considerará asociado a los propósitos y a los fines que tiene por suyos el espíritu español; la historia de los heterodoxos españoles es la historia de los portillos abiertos a los enemigos de España»².

Al enemigo, en buena lógica militar, no se le convence: se le neutraliza. La humillación, la prisión o el paredón fueron el destino de quienes intentaron crear hechos adversos al régimen.

Los ensueños del partido único, copia de los ejemplos fascistas, atenuados después del segundo conflicto mundial, no pueden hacer olvidar el núcleo duro de la represión: la Guardia Civil, la Policía Armada y, en el *background*, el Ejército de Tierra. Con el paso de los años a la tarea represora se incorporaron organismos especializados como la inolvidable Brigada Político Social y sus cohortes de verdugos y torturadores. Los nombres de los hermanos Creix, en Barcelona, o del comisario Yagüe en Madrid deben figurar, por méritos propios, en cualquier historia de la infamia franquista.

La dictadura no se anduvo con remilgos conceptuales. Como ha señalado Joaquim Lleixà los resortes defensivos esenciales permanecieron militarizados. Todos los cuerpos policiales —incluyendo los municipales y los auxiliares— se consideraron en todo momento como parte integrante de las Fuerzas Armadas. Los dos más importantes, la Guardia Civil y la Policía Armada, se militarizaron totalmente.

No hubo demasiadas distinciones entre seguridad y defensa. Según Luis María de Lojendio, el famoso autor de una historia militar de la guerra civil, «*la función del Ejército, o dicho en términos generales, la función militar, alcanza en principio toda la defensa del Estado, desde la de su integridad territorial, hasta la de su seguridad interna y el mantenimiento general del orden y de la justicia*»³.

Es, pues, comprensible que ese mismo Ejército se convirtiera en el instrumento político por excelencia para mantener el poder. Franco, sin embargo, no siguió el ejemplo hitleriano. En el Tercer Reich la *Wehrmacht* se autocomprendía como un colectivo «apolítico». Para crear soldados políticos la dictadura nazi eliminó el rol de la *Wehrmacht* como único *Waffenträger der Nation*, es decir, de detentar el monopolio en el uso de las armas, y le adicionó las SS, emanación del partido.

² VIGÓN, 1950, p. 178.

³ Citado en LLEIXÀ, p. 152.

Franco se cuidó mucho de que el partido único y, en particular, su componente falangista no desarrollara una milicia armada. Así, pues, el traspaso español de las SS no pudo ser otro que el Ejército y la Guardia Civil. En la España de Franco los soldados políticos fueron los únicos que había, lo entendieran así o no.

En su importante estudio sobre la ideología de ese Ejército, afirma Juan Carlos Losada: «*La referencia última y constante es la lucha contra el enemigo interior. Un enemigo que parece estar siempre acechante y dispuesto a socavar los cimientos del régimen y al cual siempre se ha de combatir, debiendo el Ejército estar alerta por si su acción fuese necesaria. Y es que para un ejército político la paz no existe (...) pues siempre habrá que estar defendiendo el sistema, o vigilando conspiraciones, o reprimiendo revueltas, huelgas y disturbios*»⁴.

La idea central era, como ha señalado Francisco Moreno Gómez, aniquilar al «*hombre moderno, progresista, laico, liberal o marxista, que la España tradicional, conservadora y católica no podía admitir*»⁵. Las cárceles franquistas añadieron su cuota de horror a las barbaridades de la exterminación física de los vencidos.

En definitiva, al servicio de una política de seguridad interna apoyada en último término por el Ejército y la Guardia Civil se subordinaron todos los resortes represivos del Estado franquista. Lleixá es uno de los autores que ha explicado cómo los militares siguieron actuando, hasta el comienzo de los años sesenta, como la principal jurisdicción en materia de delitos calificados de político-sociales. Incluso tras la aparición del nunca olvidado TOP (el compromiso de sangre de la magistratura con el régimen) siguieron entendiendo de ciertos casos.

Segunda tesis: una defensa que prepara el ataque

La obsesión por el enemigo interior no debe hacer olvidar que, ya incluso antes de que terminase la guerra civil, los militares franquistas empezaron a hacer pinitos para pasar una tarjeta de visita a los enemigos de la España imperial en gestación. Este es un tema que sólo ha salido a la luz en los últimos años. El hecho es que en junio de 1938 se redactó en Burgos, en el más alto secreto, una modesta «*Introducción a un anteproyecto de Flota Nacional*». Podría caracterizarse el sentido de esta planificación ultrasecreta afirmando que si por el Imperio se iba

⁴ LOSADA, p. 143.

⁵ MORENO GÓMEZ, 1999, p. 289.

hacia Dios, como se encargaba de martillar la propaganda de la época, era por el mar por donde mejor se alcanzaría el Imperio. Se trataba, todavía, de especulaciones pero con implicaciones políticas, económicas y militares extremadamente importantes que han enfatizado Morten Heiberg y Manuel Ros Agudo, autores que por diversas vías han descubierto este capítulo oculto de las ansias del régimen. Partiendo de la hipótesis de que el glorioso papel de la Marina española se demostraría en estrecha alianza con las viriles potencias fascistas, las víctimas propiciatorias se identificaron con toda naturalidad: dos países débiles y despreciados como eran ya entonces Francia y el Reino Unido. Se olvidaba uno de los parámetros que configuraba la victoria franquista, casi al alcance de la mano. Este era, precisamente, la política de no intervención, de inspiración británica y que la República francesa, sobre todo en las fases de predominio de los radicales, había aplicado con fruición. Ahora bien, los mílites franquistas aspiraban a sentar las bases de la expansión de una futura potencia española y no se quedaron sólo en especulaciones.

Ya estallado el conflicto mundial, en el que el régimen declaró prontamente su neutralidad, la Junta de Defensa Nacional, presidida por Franco, empezó a desgranar en octubre de 1939 un fantasmagórico cuento de la lechera: en caso de movilización el Ejército de Tierra debería alcanzar la cota de dos millones de hombres. La Marina de Guerra (en base a una Ley Reservada de la Jefatura del Estado firmada el 8 de setiembre: uno de los dispositivos legales menos conocidos y más arbitrarios del régimen)⁶ no se quedó a la zaga y planeó una expansión descomunal. El Ejército del Aire, en un alarde de modestia y a pesar de disponer de un utillaje que en gran medida era de chatarra, aspiraba a poner en línea 3.600 aparatos. Los arrojados aviadores indicaron que, como primera demostración de fuerza, la incipiente España imperial arrasaría de manera inmediata las fábricas y depósitos franceses del Midi y, en particular, en ciudades tales como Albi, Beziers, Montpellier, Perpignan, Agen, Toulouse, así como en Bayona, Burdeos, Dax, Oloron, entre otros lugares. Obsérvese que esto se ponía sobre la mesa en unos momentos en que nada hacía predecir el colapso de Francia.

Naturalmente, fueron escasas las realizaciones que se derivaron de tan sugestivos delirios. Franco, deslumbrado por las fulgurantes victorias alemanas, dio el paso hacia la no-beligerancia, aparentemente como etapa intermedia a la entrada en guerra al lado del Eje. Es más, la

⁶ Las Leyes Reservadas de aquella época se conservaban en un pequeño archivo del Ministerio de Hacienda que estaba al cuidado del oficial mayor. El autor las consultó en 1978.

espejeó rápidamente a través de la embajada en Berlín. Sin embargo, los alemanes no mostraron especial interés. Cuando por fin lo hicieron, Franco exigió un precio tan elevado que atender a sus peticiones hubiese supuesto dañar irreparablemente la colaboración alemana con la Francia de Vichy. Los nazis insistieron más tarde aunque las contrapartidas que ofrecieron eran mínimas. Al Tercer Reich lo que le importaba de España era su territorio y su posición geoestratégica, como ocurrió muchos años más tarde con Estados Unidos en otra configuración histórica.

Berlín nunca se llamó a engaño sobre las necesidades españolas de rearme y aprovisionamiento que hubieran tenido que asumir. Se han documentado las reflexiones del *Oberkommando der Wehrmacht* que concluían en la evaluación de que «*la capacidad económica bélica de España no le permite por ahora sostener una guerra con sus propias fuerzas, ni siquiera por un corto período de tiempo*»⁷. Hubieran apoyado, mal que bien, si Franco hubiese dado el paso al frente. Franco no lo dio y la ocasión se esfumó. Los suministros de material de guerra que Alemania consintió —y que están perfectamente documentados en la literatura— demostraron que el poderoso Tercer Reich no tenía demasiado que ofrecer a su pedigüeño aliado político, ideológico y, como Ros Aguado ha mostrado, también vehemente y comprometido compañero de viaje en el plano operacional. El Tercer Reich comprobó la capacidad combativa de los españoles, pero también sus insuficiencias de equipo y de entrenamiento, en el episodio de la División Azul, tan considerablemente exaltado. Nunca fue una unidad de élite ni se la empleó como tal.

Gabriel Cardona ha descrito en tonos vívidos la indigencia teórica y la pobreza de equipamiento de aquel Ejército pensado para apuntalar el régimen en el interior, que es donde contaba, no en el gélido frente ruso en el que su aportación fue sumamente modesta.

Los gastos militares se destinaban a «*pagar los malos sueldos, el pésimo rancho, los uniformes y el calzado de la tropa, quedando un miserable remanente para las demás necesidades. El franquismo tenía un aparato armado más voluminoso del que podía mantener. En consecuencia, lo condenaba a la miseria. Pero el dictador nunca se interesó por la situación técnica de sus Ejércitos, que no eran una organización destinada a sostener una guerra internacional, sino un instrumento para mantenerlo en el poder*»⁸.

Pasado el momento de la tentación, la no beligerancia pudo mantenerse en un entorno en llamas no porque el aparato disuasorio y la polí-

⁷ El estudio se referencia en VIÑAS *et al*, pp. 335 y 337.

⁸ CARDONA, pp. 102-103.

tica de defensa franquistas atemorizasen a los alemanes o a los aliados, sino porque ninguno de los contendientes vio ventajas en iniciar una acción militar contra la península, a no ser que fueran obligados a ella. Los aliados elaboraron planes para una eventual ocupación de las Canarias y del norte de Africa. Los planificadores alemanes jugaron con la idea de traspasar los Pirineos. La masa de papel generada en Londres, Washington y Berlín se quedó en los cajones. La dictadura española nunca jugó a favor del Eje su gran baza que era la posición geoestratégica y, por ello, no representó nunca una amenaza militar para el esfuerzo aliado. De haberlo representado no cabe duda que los aliados hubiesen invadido España. Aun así, el embajador norteamericano en Madrid se pronunció en cierta ocasión porque se abriera en ella el segundo frente desde el cual proceder a la reconquista de Europa. La propuesta era absurda pero demostraba que el régimen del general Franco no despertaba simpatías.

La coalición anglosajona siempre estuvo dividida ante cómo lidiar con la dictadura. A veces cerró un ojo sobre muchas de las mil y una complicidades con el Tercer Reich. Cuando, en ocasiones, tales complicidades tocaron aspectos realmente sensibles los aliados las contrarrestaron a través de medidas de presión política y diplomática, a las que el Franco no siempre hizo caso. En medio de grandes discusiones sobre cómo proceder utilizaron lo que el dictador y sus ministros entendían: el contundente lenguaje del estrangulamiento de los suministros y, en particular, de las entregas de petróleo.

El manejo de la espita, con los norteamericanos siempre más agresivos que los ingleses, amenazó, en la percepción de la burocracia estatal, con la paralización del funcionamiento mínimo del aparato industrial, agrícola y de distribución. En los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores hay gran cantidad de material demostrativo de tal percepción, apoyada en comparaciones estadísticas de necesidades y suministros que nunca salieron a la superficie. En agosto de 1943, por ejemplo, al dar cuenta de la gravísima situación se afirmaba:

«Hay que hacer frente al problema acuciante de la sequía y suministrar preferentemente gasoil a las centrales eléctricas de reserva, hay que atender a la agricultura —a la que todavía queda por suministrar cantidades de consideración—, a la pesca marítima, marina mercante, minería, suministros a Marruecos, etc. con cifras de gasoil notoriamente insuficientes y con el inevitable colapso que habrán de sufrir estas actividades, las más importantes de la economía nacional»⁹.

⁹ VIÑAS et al, p. 359.

Los favores al Tercer Reich continuaron, sin embargo, hasta el final. Los militares franquistas admiraban profundamente a la *Wehrmacht* y, como va a demostrar Morten Heiberg en un libro próximo, las fuentes esenciales de información en el Alto Estado Mayor estuvieron controladas por los propios alemanes. En ciertos círculos la ilusión duró en España casi tanto como entre los nazis más empedernidos.

Los aliados jugaban con ventaja. En Londres y Washington funcionaron desde el primer momento servicios de interceptación de los mensajes y comunicaciones españoles. Las claves entonces utilizadas, que no eran un dechado de sofisticación, cayeron en fecha relativamente temprana en manos británicas que las pasaron a los norteamericanos. El Ministerio de Asuntos Exteriores así como los ministerios militares fueron siempre bastante transparentes. En la primavera de 1942 los ingleses leían el tráfico diplomático sin dificultades. Cuando Madrid introdujo cambios, agentes norteamericanos asaltaron la embajada en Washington y fotocopiaron los nuevos códigos¹⁰.

En resumen, la política de defensa española no parece que produjera excesivo pavor entre los aliados. Recientemente Carlos Collado Seidel ha demostrado, con nuevo y desconocido acopio documental, la interacción de los factores internos y externos (la política y la rivalidad anglo-norteamericanas) para explicar la supervivencia del régimen, a pesar de que el conflicto mundial terminó con la derrota de los grandes valedores de Franco. Si los aliados no intervinieron en la península no se debió a la «hábil prudencia» del tan exaltado Caudillo, como todavía mantiene la historiografía pro-franquista. El general Franco cometió errores de bulto por los que sufrió y pagó España. Su supervivencia se debió al juego de factores externos sobre los cuales ni la diplomacia ni los milites franquistas tuvieron influjo alguno.

Esta supervivencia permitió recentrar la política de defensa y de seguridad en la vertiente interna. Al fin y al cabo, en ésta operaban grupos de rebeldes armados que se negaban a aceptar la dictadura. En el valle de Arán, se produjo en 1944 un sobresalto al infiltrarse combatientes procedentes de Francia. El dispositivo militar se puso en marcha y controló la situación, no sin grandes esfuerzos. El 15 de marzo de 1945 la Administración, en comunicación interna, los reflejaba con todo pudor:

«Determinadas contingencias políticas obligaron a adoptar ciertas medidas de precaución en nuestra frontera pirenaica y el transporte de

¹⁰ ALVAREZ, pp. 125, 150 y 171.

los elementos necesarios para ello absorbió gran parte de nuestras reducidas disponibilidades de gasolina»¹¹.

En resumen, un reflejo en lenguaje cautelosamente apropiado que muestra, no obstante, la incapacidad logística de los orgullosos mandos de las Fuerzas Armadas para hacer frente a un mínimo de operaciones mecanizadas. Uno se pregunta como el heteróclito Ejército español hubiera estado en condiciones de repeler una invasión con los precarios medios de que disponía.

Tercera tesis: los despliegues que valen y los que no valen

Cualquiera que sea la base conceptual de una política de defensa, sus prioridades reales se determinan en la organización y despliegue de sus soportes materiales. Durante una gran parte del franquismo, las disquisiciones teóricas brillaron por su ausencia. No ocurrió lo mismo con los despliegues reales.

En septiembre de 1939 el ministro del Ejército, teniente general Varela, (Franco había creado un ministerio para cada arma, con el fin de disgregar el liderazgo) emprendió una gran reforma. Aparte de otras intenciones, le guiaba el propósito de incrementar la eficacia de lo que era un ejército de ocupación. El total de 60 divisiones y de un millón de hombres se redujo a 20. Ahora bien en la península permanecieron ciertas unidades de la Legión y de los Regulares indígenas. El papel de estas formaciones consistía en ocuparse de las zonas en que actuaban los maquis. Como ha señalado Francisco Moreno Gómez, *«se pretendía añadir un plus de terror en el panorama, ya de por sí pavoroso, en la España de la posguerra»*. Y la Legión fue empleada, con contundencia, en el norte de Córdoba, esparciendo terror y tortura por donde pasó. El responsable, que no debe quedar innominado, era el comandante Salvador Bañuls.

Todo ello se enmarcaba en los golpes a diestra y siniestra que propinaba un régimen enfurecido que todavía no había aprendido cómo lidiar con el fenómeno de los huidos armados. De aquí que utilizara tácticas convencionales centradas en la Legión, el ejército o los Regulares. Es a partir de 1941 cuando el protagonismo de la represión se trasladó a la Guardia Civil, que aportó un amplio panel de figuras de infamia como el general Manuel Pizarro Cenjor, el coronel Santiago Garrigós

¹¹ VIÑAS *et al.*, p. 425.

Bernabeu y los tenientes coroneles Angel Fernández Montes de Oca, Luis Marzal, Eulogio Limia Pérez y Manuel Gómez Cantos¹². Hubo muchos otros.

El despliegue reforzó cuatro divisiones de montaña en los Pirineos, indudablemente reflejo de la preocupación ante una eventual incursión alemana. En 1941 empezó la construcción de la llamada Línea Gutiérrez, que duró casi cuatro años, y salpicó de obras defensivas tal barrera.

El sucesor de Varela, teniente general Asensio, imprimió un acusado carácter a la actividad de despliegue. En primer lugar, devolvió a Marruecos las tropas de legionarios y regulares y puso el acento sobre el papel disuasorio externo del Ejército. Al efecto se desplegó una división en el sur, donde los aliados habían sentado ya pie en Túnez y realizado el asalto a Sicilia. Se envió infantería al Pirineo, a la que se le dotó de mejor material que el utilizado por la tropa común y corriente, aunque su calidad no aceptaba comparación con el utilizado por alemanes y aliados. Es más, se organizó un Grupo de Divisiones de Reserva para taponar las brechas que se produjeran en el caso de una invasión por el norte. A la larga, más importante que todas aquellas medidas fue la creación de la División Acorazada Brunete, la más poderosa del Ejército y que se acantonó en torno a Madrid, donde indudablemente no se temía el parachutaje de las tropas de invasión aliadas o alemanas.

Hay que recurrir al análisis de Gabriel Cardona para ver qué es lo que se ocultaba detrás de todas estas medidas. Lo que se ocultaba era un Ejército desabastecido, provisto del material ya vetusto que había heredado de la guerra civil, en proceso de deterioro creciente, y que apenas si había mejorado por los suministros alemanes. La Brunete, símbolo imperecedero del ejército de ocupación, sólo tenía dos batallones blindados. Uno, ciertamente, dotado de carros alemanes recientes y muy efectivos y otro provisto de los carros soviéticos capturados a los republicanos¹³. Claro está que la base material, el equipo, no era tan importante. Lo que contaba era el valor de los soldados españoles, su capacidad de sacrificio, la guerra de guerrillas, el individualismo del infante ibérico... Y, como no dejó de indicar el inefable teniente general Vigón, la preparación para la guerra:

«La actividad militar (...) no habrá ya de orientarse exclusivamente hacia el exterior (...) sino que tiene que dirigirse también hacia los objetivos de fronteras adentro, y con actitud operante. Es decir, que ha de mantener en tensión continua una política militar. La escuela, las

¹² MORENO GÓMEZ, 2001, pp. 60, 211 y 693.

¹³ CARDONA, pp. 116-118.

*obras públicas, la sanidad, la industria, el comercio, el orden público y las leyes penales deben estar de continuo en pie de guerra*¹⁴.

Precepto amargo para un país dividido, en el que la represión continuaba imparable, cortocircuitado por la incapacidad de gestión, la corrupción, el desabastecimiento y el mercado negro y en el que unos y otros deseaban, o temían, el final de la contienda y se preguntaban sobre las posibilidades de supervivencia del régimen.

Mientras este panorama se dibujaba en el horizonte, los efectivos del Ejército de Tierra ascendían a unos 250.000 hombres, lo que da una idea de la desmesura de los planes que había examinado la Junta de Defensa Nacional al comienzo del conflicto mundial, cuando las garras del águila imperial proyectaban su sombra sobre la malvada Francia. Una Ley Reservada del 30 de diciembre de 1944 (la dictadura nunca fue parca en acudir a tan aberrante figura jurídica) sentó las bases de una reestructuración de plantillas. Se creó la IX Región Militar y se mantuvieron ocho cuerpos de ejército regionales, dotados con dos divisiones de infantería y una de línea en la nueva región¹⁵.

En 1946 la actividad guerrillera se incrementó y el régimen pasó ya claramente a una fase que cabría caracterizar de «guerra sucia» en la que el terror, puro y duro, se extendió al mundo rural. Cuando la Guardia Civil corrió el riesgo de verse desbordada, se le adicionaron efectivos del ejército, de la policía armada e incluso un tabor de regulares. Como ha dicho Cardona, la intervención del ejército se mantuvo secreta porque el régimen no quería que cundiese la noción de que se trataba de otra cosa que no fueran partidas de simples bandoleros. Por lo demás, Franco sabía que si el Ejército asumía abiertamente la responsabilidad de la lucha, los generales terminarían adquiriendo un peso político que podría debilitar el suyo. Era mejor que se quedara en segundo lugar y que profundizara su pacto de sangre con el régimen en la gestión de los consejos de guerra. Estos eran auténticas farsas jurídicas en las que brillaban el cinismo de los fiscales, la virulencia de las requisitorias, el menosprecio del derecho y las ansias de venganza¹⁶. Ello no impidió que la práctica del «paseo» y de la «ley de fugas» tuviera un nuevo repunte en lo que Moreno Gómez ha caracterizado como «trienio del terror»¹⁷. La única innovación técnica constituyó en la creación, en 1947, de un modestísimo batallón paracaidista, debido al entusiasmo

¹⁴ VIGÓN, 1947, p. 404.

¹⁵ PUELL, 2000, pp. 172-173.

¹⁶ CASANOVA, 2002, pp. 20-21.

¹⁷ MORENO GÓMEZ, 1999, 333.

del entonces capitán Ramón Salas Larrazábal, posteriormente reputado historiador militar.

Cardona ha proporcionado un análisis del basamento industrial de la defensa, desarrollado con grandes esfuerzos y que era, sin embargo, terriblemente disfuncional excepto para triturar una eventual revuelta del «enemigo interior». En 1948 se adquirieron, por vías ocultas, 36 vehículos como si fueran tractores agrícolas canadienses. Eran en realidad camiones blindados británicos. En el Desfile de la Victoria del año siguiente fueron anunciados como blindados de reconocimiento construidos en Eibar¹⁸.

Con la guerra fría y el Pacto del Atlántico Norte, el despliegue varreliano quedó obsoleto. Se le reorganizó, pues, con el fin de cubrir el territorio por los Pirineos y Marruecos. En el Norte se crearon cuatro agrupaciones mixtas de montaña, dos nuevos batallones de cañones contracarros, tres regimientos de ingenieros y se motorizó un batallón ciclista. En Marruecos los dos cuerpos de ejército se transformaron en comandancias generales y se suprimieron, amén de otras unidades, dos grupos de Regulares para dar paso al IV Tercio de la Legión (que por razones económicas había sido recortada).

Como ha señalado Cardona, el redespiegue respondía a una idea simple: si los ejércitos soviéticos llegaban a los Pirineos, el valor de los soldados españoles los contendría en la cadena montañosa. No podría ser de otra forma porque el estado de penuria del ejército seguía siendo pavoroso. Ahora bien, aparte de la fortaleza de los pechos españoles no estaba claro cómo hubiera podido impedirse una maniobra de flanqueo por la retaguardia. Si los soviéticos ocupaban Francia, ¿era seguro que intentarían estrellarse estúpidamente contra el obstáculo pirenaico?¹⁹.

En definitiva, sin examinar en detalle la grotesca situación material del aparato de disuasión militar (ampliamente reconocida en la literatura incluso extranjera, como muestra el trabajo de Borchardt) ni los presupuestos conceptuales para su utilización, habría que señalar que los despliegues trataron de cohonestar dos finalidades: la primera consistió en incrementar la eficacia potencial de un ejército de ocupación y la segunda hacer unos cuantos pinitos de cara a lo que se percibían como riesgos externos. El primer objetivo se cumplió plenamente. El segundo es difícil que hubiera alcanzado una cota elevada en las ecuaciones de los aliados o de los alemanes. Así, pues, el aparato militar y paramilitar prestó un servicio impagable al régimen: la creación y manteni-

¹⁸ CARDONA, pp. 171-172 y 189-190.

¹⁹ *Ibid.*, p. 191.

miento de un clima de terror y de continuas represalias que, como han señalado Busquets y Fischer, dejaron chiquita a una de las más repelentes dictaduras de los últimos treinta años: la de Pinochet²⁰.

Cuarta tesis: El rayito de sol norteamericano

Franco se aplicó con asiduidad a obtener una conexión con los Estados Unidos, potencia hegemónica occidental y abanderada de la lucha planetaria contra la Unión Soviética, el enemigo más querido del régimen. Este, en efecto, llegó a divisar su *raison d'être* en el combate con ese adversario de la civilización cristiana permanente, tozudo, agresivo e insidioso. Al fin y al cabo, y como señalaría el teniente general Vigón, «Dios nos ayudó mientras nos creíamos el pueblo elegido por El para hacer triunfar la religión católica sobre la tierra»²¹. En cuanto los españoles se ocuparon de las cosas terrenales del Imperio y se olvidaron de sus obligaciones como portaestandartes de Cristo, empezaron las derrotas. Sólo en la lucha contra el comunismo ateo volvería España a recobrar la gloria. Basura ideológica que era entonces poco menos que indiscutible y que también compartía el que fue por dos veces ministro de Asuntos Exteriores, teniente general conde de Jordana. En una carta al embajador norteamericano, profesor Carlton J. H. Hayes, Jordana le dio una pequeña lección en octubre de 1943:

«España estima que, independientemente de lo que la suerte de las armas decida en la contienda, muy anteriormente a la guerra y con mucha más profundidad que ésta, existe en el mundo un problema espiritual de la más extraordinaria transcendencia, constituido por el ambiente revolucionario de unas masas alejadas de la creencia en Dios y que, por lo tanto, aspiran a mejorar su situación económica por la violencia, empleada sin escrúpulo ni limitación alguna, apoderándose de abundantes riquezas para disfrutarlas ampliamente mientras dure esta vida, cueste lo que cueste y empleando los medios a propósito, cualesquiera que estos sean. Este espíritu revolucionario de diferentes matices ha venido a agruparse bajo lo que se conoce con el nombre genérico de bolchevismo. La guerra es un fenómeno pasajero, mientras que el espíritu revolucionario de las masas constituye el problema fundamental de la época presente, de una hondura y de una permanencia muchísimo mayor que la del conflicto bélico...»²².

²⁰ BUSQUETS, p. 170; FISCHER, p. 198.

²¹ VIGÓN, 1947, p. 260.

²² VIÑAS *et al.*, pp. 457-458.

No fue, pues, nada difícil para el régimen ligar su victoria contra los malhechores de la guerra civil con la contribución que deseaba prestar a la lucha planetaria por la supervivencia de la civilización cristiana, a la que en el interior de España Franco y sus militares rendían tan importantes servicios. Todo era manipulable y se manipuló. Incluso la mediocre eficiencia de la industria bélica española.

Cuando Franco se entrevistó por primera vez con el embajador norteamericano James C. Dunn, que conseguiría la firma de los acuerdos de 1953, intentó superar las dificultades con que había topado la negociación con un argumento, en su entender, irrefutable: los norteamericanos habían estimado en sus exploraciones de la ignota España que esta podría construir unos 600 aviones al año. Una cifra ridícula ya que las factorías españolas podrían construir ¡un millar! ¡Y qué decir de las municiones! Los Estados Unidos podrían subcontratar todo lo que quisieran en España, donde los costes de producción —merced al subdesarrollo y a la organización sindical— eran mucho más bajos. Probablemente Franco ignoraba que cuando los norteamericanos empezaron a estudiar su flamante aparato de disuasión militar lo liquidaron con una doble valoración: capacidad defensiva insignificante, capacidad ofensiva inexistente²³.

La conexión con Estados Unidos fue la más importante que jamás tuvo la dictadura española y configuró de forma determinante la evolución del régimen. Para los militares constituyó la posibilidad de acercarse a un pensamiento alejado de los planteamientos de la *Wehrmacht* y una fuente de suministros que modernizaron, si bien lentamente, el dispositivo de disuasión interno e incluso el externo.

La historia de la conexión hispano-norteamericana es, desde el punto de vista de la política de defensa y seguridad española, la historia de una incompreensión. Los estadounidenses no estaban dispuestos a suministrar en demasía. En la reunión del National Security Council de 3 de mayo de 1956, el presidente Eisenhower dejó constancia de sus opiniones. Los españoles no dejaban de solicitar ayuda militar, argumentando que los pactos les habían convertido en blanco potencial de la Unión Soviética. Sin embargo, no se entendía por qué los Estados Unidos debían comprometerse a favorecer un rearme español basado en un fuerte aparato militar y en un elevado nivel de fuerzas. Lo que España necesitaba, realmente, era, como afirmó el presidente, «*un pequeño Ejército competente para mantener estable al país*» o, en el original, «*a good little army*»²⁴.

²³ VIÑAS, 2003, p. 193, y DELGADO.

²⁴ *Ibid.*, p. 300.

La inferencia es obvia. Los Estados Unidos habían dado el espaldarazo a la dictadura franquista por mor de la situación geoestratégica española. Deseaban que la situación política y social no derivase en inestabilidades perjudiciales para el irrestricto acceso a las bases (lo que continuaba preocupando en Washington cuando el general Franco se aproximó a su cita con Dios y con la historia). El pequeño ejército que reconocían como necesidad española debía servir de disuasor último de cualquier intento no controlado de evolución democrática.

El que los españoles aspirasen a más es fácilmente explicable. Había un sentimiento extendido de que los norteamericanos daban una escasa contrapartida a las inmensas concesiones que les había otorgado el Gobierno de Madrid. Había ambiciones profesionales: acceder a mejores sistemas de armas consolidaba la autoestima. Y había, por último, querellas entre las distintas armas por ver quién se hacía con la mayor parte del pastel. La argumentación fue siempre la misma: España estaba involucrada en el conflicto Este-Oeste y deseaba hacer una contribución lo más amplia posible a la defensa de los valores occidentales. No es una argumentación que se aceptase fácilmente en Washington. En un mundo ideal los norteamericanos hubiesen querido reducir el precio del arrendamiento de las bases. Para la defensa de Europa occidental no necesitaban ni al Ejército ni a la Marina ni a la Aviación españoles. Lo que necesitaban era obrar más o menos libremente en su propia implantación militar en España, ya que la posibilidad de incorporar al centinela de Occidente al marco de la Alianza Atlántica se reveló siempre como una quimera.

La idea española estribaba, naturalmente, en solicitar material que no pudiera producirse en España. De aquí que, para el Ejército de Tierra, se pidiesen carros de combate, artillería pesada y antiaérea, cañones sin retroceso, vehículos, material de transmisiones, etc. Ello permitió equipar a fondo algunas unidades cercanas a Madrid. De cara a la escena interna el régimen siempre fue previsor. Según ha señalado Cardona, «*como nunca abandonaron sus referencias al 18 de Julio, los franquistas más acérrimos consideraban que si, un día, la subversión se alzaba en la capital de España, la Brunete podría controlarla y en la revista Ejército aparecieron artículos sobre el empleo de los transportes blindados en el orden público*»²⁵. El mismo autor muestra cómo fue desparramándose el nuevo material por las unidades. El Ejército dejó de contar con equipamientos de museo y ante los cuales las armas

²⁵ CARDONA, p. 237.

procedentes de la segunda guerra mundial o de Corea resultaban un dechado de rara perfección.

Naturalmente, los militares empezaron a viajar a Estados Unidos. No está estudiado el impacto que ello debió producirles pero pronto se produjo un proceso de aprendizaje que llevó a una reorganización, la denominada «pentómica», en la que los regimientos, denominados agrupaciones, estuvieron integrados por cinco grupos de combate. A partir de 1958, el ministro del Ejército de la época, teniente general Barroso, impulsó una reducción de efectivos, se liquidaron los cuerpos de ejército regionales (sustituídos por doce divisiones) y se creó la primera bandera de cazadores paracaidistas. Lo más singular de esta nueva reorganización fue, como ha señalado Puell, el espectacular aumento de la potencia de fuego y de los medios de transporte y comunicaciones de las pequeñas unidades. Poco a poco iba cambiando un Ejército sobredimensionado y apuntaba algo más moderno. Con todo, la «pentomización» no duró mucho y a partir de 1964 se lanzó una nueva oleada de cambios. Sin embargo, tras la fachada exterior siguió operando durante largo tiempo una miseria que llegó a extremos insoportables.

Los nuevos cambios mejoraron los despliegues. Se crearon unidades de intervención inmediata, como se denominaron a las divisiones acorazada, mecanizada y motorizada, con sedes en Madrid, Sevilla y Valencia. Fueron unidades que, recuerda Puell, acapararon la mayor parte del presupuesto militar en la segunda mitad de los años sesenta. A ellas se añadieron nueve brigadas de defensa operativa del territorio, que recibieron el material de deshecho de las anteriores, suficiente desde luego para contener cualquier conato de algarada interna. Se acuartelaron también en zonas urbanas, aunque la instrucción de sus efectivos era de risa y, como indica el mismo autor, sólo alguna vez, con suerte, participaban en una maniobra²⁶.

La lógica de la reforma fue doble. Es inverosímil que el Alto Estado Mayor tuviera información no divulgada de que Sevilla y Valencia fuesen eventuales objetivos soviéticos. Madrid, gracias a la base aérea de Torrejón, probablemente lo era. Pero no resulta lógico enmarcar aquella reforma, que fue la última de la dictadura, en los parámetros Este-Oeste. Hay dos razones que sí la justifican. La primera es que continuaba la respuesta a la lógica de la cobertura de amplias zonas merced a la capacidad de desplazamiento y de fuego de las unidades de

²⁶ PUELL, pp. 174-175.

intervención inmediata. En los años sesenta la posibilidad de que el «enemigo interior» crease una situación límite era mas bien remota, pero el régimen no estaba dispuesto a dejar de amedrentarlo.

La segunda razón era novedosa. El centro de gravitación del aparato disuasorio basculaba hacia el sur. Esto respondía a dos percepciones esenciales: las amenazas futuras no parecían que fuesen a proceder de allende los Pirineos; sí era más probable que procedieran de allende el Mediterráneo. Los maquis habían desaparecido pero la campaña de Ifni-Sáhara, a la que inmediatamente se aludirá, había mostrado un nuevo foco de peligro. Como la alineación estratégica española, vía su territorio y su espacio aéreo, dependía de Estados Unidos y de sus comportamientos en la OTAN, el franquismo empezó a cubrir, mal que bien, sus escenarios de conflicto propios. Ahora bien, hasta un esforzado apologista de las Fuerzas Armadas como es Platón, ha de reconocer que la reforma fue insuficiente. Mucho más duro es Cardona. Las fuerzas de intervención inmediata no alcanzaron el 70 por ciento de sus efectivos. En la defensa operativa predominaba la fantasía y las plantillas consignaban material moderno que nadie había visto²⁷.

Dado lo que antecede, no cabe extraer conclusiones demasiado aventuradas, como han hecho varios autores, del hecho de que las Fuerzas Armadas no participaran de los frutos del crecimiento que empezó a registrarse en España una vez que el eximio Caudillo se viera obligado a dejar en la cuneta sus peculiares doctrinas económicas. Puell ha descrito la situación en los siguientes términos:

«El ejército franquista fue la institución menos afectada por la ola de modernización que muchos observadores detectaban en otros ámbitos del Estado y de la sociedad a finales de la década de los sesenta. Salvo contadas excepciones, su nivel operativo era realmente desolador. Las plantillas de la mayor parte de las unidades permanecían endémicamente incompletas, el armamento y el material eran anticuados y había escasez de munición y combustible. Se instruía a la tropa en el patio de los cuarteles, y muchas unidades no realizaban ejercicios tácticos en el campo ni prácticas de tiro»²⁸.

Esta situación era congruente con los propósitos del dictador, que no variaron demasiado desde 1939. Franco no necesitaba un ejército moderno o eficiente. Lo que deseaba era un ejército obediente, comprometido con su régimen y leal en todo trance. Cabría afirmar que con tal

²⁷ PLATÓN, p. 126, y CARDONA, pp. 338-339.

²⁸ PUELL, 2000, p. 210.

de que sirviera el propósito esencial de actuar como *ultima ratio* del sistema, para lo cual la modesta modernización inducida por la conexión norteamericana era más que suficiente, todo lo demás resultaba innecesario. Un análisis algo más fino permitiría añadir que en cada época Franco adoptó la estrategia más conveniente a la primacía del mantenimiento de su poder. Con el espaldarazo recibido por el poderoso amigo norteamericano, el Ejército podía continuar desarrollando impunemente su función básica de tutela de la sociedad, como ha señalado Labatut, mientras los recursos escasos se destinaban a otras finalidades²⁹. Franco impuso sus concepciones a las reivindicaciones profesionales de sus soldados y estos aceptaron por disciplina, porque no podían hacer nada en contra y porque, en todo caso, se les continuó rodeando de prebendas corporativas mientras seguían ensalzándose las inmarcesibles virtudes castrenses³⁰. Como han puesto de relieve algunos autores, lo que tradicionalmente había sido el «poder doméstico» por antonomasia, se había convertido en un «poder domesticado», al servicio del régimen y de su jefe³¹.

En la respuesta a dos grandes preguntas cabe contrastar las afirmaciones anteriores. ¿Fue el ejército franquista un mecanismo eficiente para la defensa exterior? ¿Qué destino tuvieron los esfuerzos de reforma de las bases orgánicas de la política española de defensa?

Quinta tesis: la defensa franquista en acción

La única ocasión en que el dispositivo militar del franquismo tuvo que entrar en acción fue en un lugar lejano, Ifni-Sáhara. Se trata de un conflicto en el que durante mucho tiempo se ha puesto en primera fila el valor mostrado por las tropas. En menor medida se han resaltado las condiciones de logística, aprovisionamiento y coordinación que, según se afirma comúnmente, son elementos esenciales para el combate. Con

²⁹ LABATUT, p. 24.

³⁰ Afirma CARDONA, p. 269: «En el Ejército el prestigio y el poder no se medían por el dinero sino por otros parámetros. Los mandos superiores estaban rodeados de honores y respetuosos tratamientos, los generales habitaban palacios principescos y los coroneles disponían de una amplia vivienda en sus propios regimientos; sin embargo, sus sueldos eran inferiores a los de un profesional cualificado y su capacidad económica ni siquiera rozaba la de un comerciante o industrial de medio pelo. Eran caballeros que sólo podían conservar el señorío viviendo en el interior de su mundo».

³¹ COMAS Y MANDEVILLE, p. 65.

todo, incluso el trabajo más sólido sobre dicho conflicto, que se debe por cierto a un historiador reputado, aunque excesivamente filofranquista, como es el general Casas de la Vega, no oculta las deficiencias en tales dimensiones, que prudentemente no adjetiva. Platón, por su parte, no extrae consecuencias sistémicas de las constataciones. Es Cardona quien lo ha hecho.

Este autor pone el acento en la indigencia de armamento de la guarnición. El que tenían los puestos del interior era pura chatarra. No había muchos vehículos ni tampoco emisoras de radio. La aviación, señala Casas de la Vega, la constituía una escuadrilla de tres a cinco Junkers 52, de la guerra civil, y que ya no se fabricaban desde 1953. El apoyo se encontraba en Canarias, donde radicaba otra escuadrilla de aviones ligeros de bombardeo Heinkel 111, que desaparecieron de producción en 1960. Ni que decir tiene que el estado de esta fuerza aérea era lamentable.

Hubo, eso sí, un refuerzo. En junio de 1957 llegó una bandera de la Legión. Es curioso que el traslado de esta fuerza, se supone que de élite, de los barcos al mar durara una jornada. También se enviaron vehículos, se supone que para facilitar los desplazamientos por el territorio, pero de los trece camiones cinco se inundaron en la marea alta, seis tuvieron que ir al taller por inundación parcial y sólo dos resultaron indemnes. Menos mal. Dos unidades de jeeps que llegaron para aumentar la movilidad y que tenían 86 vehículos, se quedaron con 57 en servicio. Todos los demás se averiaron. Pero de los 57 las fuerzas sólo pudieron, en realidad, disponer de 15. Es lo que daba de sí la coordinación de la época.

Cardona ha sometido a un análisis muy duro los presupuestos de la política del Gobierno de Madrid, empeñado en cerrar los ojos y en ignorar las cada vez más acuciantes señales de alarma. Se despreciaron las advertencias francesas. El general Franco, al fin y al cabo, conocía bien a los moros. Con todo la primera agresión armada a una fuerza española se produjo el 10 de agosto de 1957. En las primeras medidas hubo que lamentar la pérdida de un Heinkel 111, que desapareció en el mar tras una fallida misión de bombardeo. Ya le había precedido en tres meses un Junkers 52. Sin duda, la calidad del material se hacía notar. Las acciones que se desencadenaron en el resto del año no carecieron de tonos grotescos. Los Heinkel 111 a veces carecían de bombas y sólo podían utilizar su ametralladora de proa. En una ocasión, lo afirma el general Casas de la Vega, no pudo armarse a otro avión por carencia de munición. Muchas operaciones hubieran podido tener lugar en la guerra de Marruecos.

A finales de noviembre de 1957, Madrid reaccionó por fin y envió refuerzos en aviones de Iberia sobrecargados. La logística fue un desastre total. Como la guerra tenía lugar en un territorio desértico, alguien pensó que convendría transportar algunos carros ligeros. No pudieron desembarcar porque El Aaiún carecía de muelle, aspecto que los planificadores españoles quizá ignorasen a pesar de la larga presencia militar en la colonia. Se transportaron a Canarias y cuando se habilitaron medios para trasbordarlos volvieron al combate. Pero, señala Cardona, eran fósiles de la segunda guerra mundial y con motores refrigerados por agua, elemento que no abunda en el territorio y en el que tampoco se habían preparado escalones de avituallamiento.

Menos mal que la inventiva española no falló: a finales de 1957 los paracaidistas ampliaron la panoplia de los armamentos utilizados en combate. Un bidón con gasolina más trapos y una granada como espoleta podía sustituir eficazmente el napalm. Las bombas de fragmentación se transmutaron en cajones llenos de granadas de mano sin seguro de transporte. Salvo error de quien esto escribe, operaciones de tal índole no habían sido nunca ejecutadas por las Fuerzas Armadas de cualquier país occidental... u oriental a los doce años de terminada la guerra mundial³². Franco, como siempre, innovó hacia atrás. La campaña de Ifni-Sáhara es un trasunto exacto de la modernidad de la dictadura.

Cardona resume el cuadro de la forma siguiente: las situaciones difíciles rayaron «*en lo ridículo, porque la desconexión entre el Ejército, la Marina y la Aviación resultó devastadora, hasta el extremo de que (...) las bombas de los Heinkel fallaron en un 60 por ciento y la artillería naval disparó contra las fuerzas propias. Errores que son frecuentes en todas las guerras, pero que en éstas se acumularon al desorden general, la falta de medios y la antigüedad del equipo, mucho más patentes cuando los militares españoles entraron en contacto con las bien dotadas tropas francesas*»³³.

Los ofrecimientos de ayuda franceses, cuyos puestos también se veían amenazados, se habían rechazado orgullosa y sostenidamente. Ahora bien, cuando el descontento empezó a florecer en el generalato, Franco cambió de actitud. En febrero de 1958 la colaboración franco-española, remedo de la de 1925, debió empezar a estabilizar el territorio. Casas de la Vega, ciertamente, sólo menciona una vez (en la página 448

³² Las referencias a la campaña Ifni-Sahara están tomadas de CARDONA, pp. 262-263, 273-280, y de CASAS DE LA VEGA, pp. 63 y 203.

³³ CARDONA, p. 281.

de su libro) la presencia francesa, en forma de «gente y barcas» que surcaban las aguas frente al Aaiún. La contribución del país vecino fue mucho mayor.

¿Y qué pasó con el flamante material norteamericano que iba introduciéndose lentamente por las Fuerzas Armadas? No pasó nada. No se le utilizó en absoluto. El Convenio para la Mutua Defensa, uno de los tres que se hicieron públicos en 1953, indicaba muy claramente que la ayuda estadounidense se utilizaría exclusivamente para afirmar la paz y seguridad internacionales, en virtud de acuerdos satisfactorios para ambos Gobiernos, con prohibición de dedicarla a otros fines distintos de aquellos para los que hubiese sido suministrada, a no ser que mediara previo y mutuo consentimiento³⁴.

Quien esto escribe no sabe si el Gobierno español solicitó autorización para hacerlo. Lo que sí está claro es que, en pleno conflicto, Franco se entrevistó con John Foster Dulles, secretario de Estado, el 20 de diciembre de 1957. El dictador español informó a su interlocutor que se habían enviado refuerzos. A lo mejor le dijo algo más. Es, quizá, significativo que 22 líneas de texto de la nota norteamericana en que reflejó el desarrollo de la conversión no se han desclasificado. El ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María de Castiella, entregó un memorándum al embajador pero, ¡oh casualidad!, tampoco se le ha localizado en los archivos del Departamento de Estado³⁵.

¿Cuáles fueron los efectos de la campaña en el Ejército franquista? Hubo murmuraciones, a pesar de que, señala Cardona, las operaciones se habían presentado, solapadamente, como un tema menor. Se silenció a rajatabla la ayuda francesa. El valor español era, obviamente, suficiente. Se achacó la responsabilidad a la burocracia militar. No se consideró que el sistema tenía la culpa aunque un chiste cuartelero «*aseguraba que los rojos habían perdido la guerra civil porque el Ministerio quedó en su zona*». No había habido muchas bajas y el conflicto no duró demasiado. Así que los militares continuaron como si tal cosa. Al fin y al cabo, tampoco se habían visto expuestos a crisis exteriores en las que hubieran tenido que hacer acto de presencia. Si surgían crisis grandes, comunes, tampoco habría mucho porqué preocuparse ya que la seguridad había sido delegada a Estados Unidos³⁶.

³⁴ El apologista PLATÓN afirma, p. 244, sin embargo, que el material no pudo emplearse ya que, de acuerdo con lo pactado, no debería utilizarse contra países amigos de Norteamérica.

³⁵ VIÑAS, 2003, pp. 273, 304 y 559.

³⁶ DAGUZAN, p. 14.

Sexta tesis: una conceptualización malograda

Hubiera sido difícil que los aires de modernización que empezaron a soplar por la España del desgarrotamiento de la economía, de la entrada masiva del turismo extranjero y de la modesta apertura al exterior de los años sesenta no hubiesen tenido ningún efecto sobre una institución tan esclerotizada y desnaturalizada como las Fuerzas Armadas³⁷. Si en economía, sociología, literatura y arte las nuevas generaciones españolas descubrían la escena exterior, junto al retraso sideral de España, en el caso de las Fuerzas Armadas jugaba un factor adicional: la adquisición, por donación, préstamo o compra de material relativamente moderno a los Estados Unidos, exigía un esfuerzo de aprendizaje. Este se proyectó en primer lugar en el plano técnico pero terminó induciendo un esfuerzo de renovación conceptual.

De todas maneras, la obsesión por el enemigo interno nunca disminuyó. La Ley Orgánica del Estado resaltó que las Fuerzas Armadas, en las que estaban incluidas específicamente las de orden público, tenían entre sus misiones la defensa del orden institucional. Como señala Cardona, oficiales españoles cursaron estudios antisubversivos en Estados Unidos y la revista *Ejército* publicó numerosos artículos alertando sobre los riesgos de la infiltración comunista en las Fuerzas Armadas³⁸. En junio de 1968 el general Manuel Díez Alegría se desplazó a Washington para hacer llegar a los norteamericanos los deseos de material. Si en primer lugar se solicitaba ayuda para la defensa aérea y de las comunicaciones marítimas, apoyo operativo y de vigilancia, entretenimiento de material, adiestramiento y enseñanza, la segunda petición dejaba entrever con claridad que los recuerdos de la guerra civil y de la sangrienta represión de la postguerra sobrevivían incólumes.

En efecto, también se requería ayuda para actuaciones de intervención inmediata. La justificación era transparente: «*Para hacer frente a cualquier agresión localizada de tipo clásico o de guerrillas. Incluye un número reducido de unidades permanentemente dispuestas, con los elementos necesarios para completarlas y para permitir su transporte táctico*»³⁹.

Como es sabido, las propuestas españolas encontraron escaso eco. Es posible que fueran, en parte, el resultado de las experiencias de la operación conjunta Pathfinder Express I, celebrada pocas semanas an-

³⁷ AGUILAR OLIVENCIA, p. 170.

³⁸ CARDONA, p. 340.

³⁹ VIÑAS 2003, p. 385.

tes. Se trataba de una operación destinada a explorar las posibilidades de acciones de contrainsurgencia en España. Como rápidamente destacaron periodistas estadounidenses, el escenario subyacente permitía pensar que en ellas incluso podrían participar tropas norteamericanas. Esto era improbable, pero no es menos cierto que la presencia de fuerzas especiales de Estados Unidos debió caldear las interpretaciones. Ello no impidió una nueva operación, Pathfinder Express II, en diciembre del mismo año pero lo cierto es que poco más tarde estos ejercicios dejaron de celebrarse⁴⁰.

Por muy politizados que estuvieran algunos de los militares que viajaron a ponerse al día en Estados Unidos, muchos otros debieron ir con curiosidad y ambición profesionales. Si se trató de aprender técnicas de contrainsurgencia en el mefítico aroma de la doctrina de la seguridad nacional, que tantos estragos indujo en América Latina, el resultado no fue todo lo omnicomprendido que en esta última, como ha señalado Agüero. El régimen disponía ya de su propia doctrina, «*house-made*», en la que se integró la modernización meramente técnica. En cualquier caso, el impacto debió ser sobrecogedor para todos aquellos viajeros. Se unió, por cierto, al que algunos mandos habían experimentado en Italia y Francia. Las inquietudes por crear, al menos, una Escuela de Estados Mayores Conjuntos toparon, sin embargo, con la inercia, el desinterés y la rivalidad interarmas.

En una conferencia de 1979 el ya teniente general Díez-Alegría reconoció lapidariamente que «*el general Franco no deseaba crear un organismo que pudiera ser en manos independientes una sombra a su autocratismo, ni prescindir de la herramienta que para la pequeña política representaban las rivalidades interservicios y los celos entre los ministros a los que, por otra parte, dejaba increíble libertad. Estos últimos (o quizás, como ingenuamente dejó escapar uno de los más respetables, los ministerios) ponían a veces hasta extremos pueriles, su independencia y libre albedrío por encima de la eficacia*»⁴¹.

No fue sino en 1964 cuando se estableció el Centro de Estudios para la Defensa o CESEDEN con, entre otras, la misión de estudiar la doctrina y organización de la defensa. Puell ha señalado que su creación se había hecho imperativa porque para entonces la Armada y, en menor medida, el Ejército del Aire habían empezado a trabar contacto con sus homólogos de otros países⁴². Evidentemente no tardaría en

⁴⁰ WATSON, p. 6, y PLATÓN, pp. 135-136.

⁴¹ Citado en PUELL 1997, p. 164.

⁴² *Ibid.*, p. 156.

presentarse el momento en que los españoles se vieran invitados a participar en algún tipo de ejercicio aeronaval. Era un riesgo considerable. Todavía en aquella época, veinte años casi después del final de la guerra mundial, las Fuerzas Armadas franquistas carecían totalmente de experiencia en los múltiples aspectos de la cooperación interarmas. No la habían necesitado, desde luego, para cumplir a la perfección su rol político y defensivo tradicional.

El CESEDEN acometió múltiples tareas de modernización intelectual y técnica. Sin embargo, Díez-Alegría y otros militares ilustrados aspiraban a hacer de él el crisol en el que se forjara una doctrina de la defensa, comparable a la que habían conocido en Estados Unidos o en Francia, de donde también procedían *inputs* renovadores.

Los altibajos de este esfuerzo constituyen el test ácido para comprobar hasta qué punto habían evolucionado las mentalidades de los príncipes de las Fuerzas Armadas y, por ende, la autocomprensión que de la defensa había ido desarrollando la dictadura franquista. Examinar tales altibajos no es tarea que pueda realizarse aquí. Se cuenta con los trabajos del propio Díez-Alegría y de otros militares como Puell, con algún estudio universitario y, sobre todo, con la facilidad que da poder leer un excelente resumen en Internet, de la pluma de Carlos Barrachina.

Sí es preciso, no obstante, hacer una breve referencia. Según Díez-Alegría los primeros esfuerzos para conceptualizar una política de defensa moderna se remontan a 1965 pero es sólo después de 1968 cuando se organizaron grupos de trabajo compuestos de militares, diplomáticos y académicos para abordar una Ley de Bases de la Defensa Nacional. Un punto esencial fue la separación entre la dirección de la política de defensa —atribución del presidente del Gobierno— y la gestión administrativa de la fuerza armada. Ahora bien, en palabras del propio Díez-Alegría, *«todo se atascó al llegar a la cuestión del mando militar o la conducción de operaciones. La mayoría (...) lo deseaba único. La Marina lo quería colegiado y se mostró absolutamente irreductible. En vista de ello, el director del CESEDEN propuso al vicepresidente del Gobierno suspender el estudio en el estado en que se encontraba y conservar lo acordado hasta que las circunstancias fueran favorables»*⁴³. Por si acaso, el almirante Nieto Antúnez se precipitó a sacar adelante la Ley Orgánica de la Armada, que atribuyó el mando naval al jefe del Estado Mayor.

⁴³ Citado en BARRACHINA.

No se reanudaron los trabajos hasta 1971. El vicepresidente Carrero Blanco protegió la operación y el Alto Estado Mayor, en el que ya actuaba el general Gutiérrez Mellado, tomó la iniciativa. Se retocaron numerosos puntos que habían despertado celos corporativos. El Alto sería un órgano auxiliar del presidente del Gobierno, quien dirigiría la política de defensa. Crucialmente se indicó que su jefe no tendría competencias de mando directo sobre los ejércitos. A los ministros les correspondería la gestión y a los Jefes de Estado Mayor el mando militar de las fuerzas, siguiendo el modelo Nieto Antúnez. Naturalmente, saltaron chispas. Los ministros se cerraron en banda a toda posibilidad de perder poder y se aplicaron con asiduidad a restringir en todo lo posible el que fluiría hacia el responsable de operaciones en el Alto. El ejercicio se interrumpió al cabo de un año. No sería exagerado afirmar que los príncipes más próximos al poder franquista miraban más hacia sí que hacia los intereses generales, en un campo en el que las invocaciones al honor militar hacían ponerse firmes a más de un político.

Cuando en 1973 Carrero Blanco ascendió a la presidencia del Gobierno, cambió a los ministros militares y decidió que la futura ley no sería de bases sino orgánica. Palabras mayores. Se reanudaron las escaramuzas y se fueron haciendo las correspondientes concesiones. Así, por ejemplo, los titulares de las carteras aceptaron que perderían competencias operativas, el mando de las unidades correspondería a los jefes de Estado Mayor y la conducción de las operaciones al Jefe del Alto, aunque condicionado por un nuevo órgano colegiado: la Junta de Jefes de Estado Mayor o JUJEM. Tras considerar múltiples matices, observaciones y reparos el Gobierno dio luz verde al proyecto para que iniciara su andadura en las Cortes. Poco después se produjo el asesinato de Carrero Blanco. El nuevo Gobierno dirigido por Arias Navarro volvió a revisar el proyecto. No tardó en estallar un nuevo episodio de pugnas entre francotiradores. El ministro del Aire se empeñó en que se definiesen con precisión las tareas de cada ejército. La Marina saltó al quite y creó nuevos problemas. Con todo, a comienzos de 1974 se reinició el trámite parlamentario. En el período de presentación de enmiendas se formularon 250 en 52 escritos⁴⁴.

Para entonces los generales y oficiales no era tan monolíticos como parecían. Según Cardona había, en primer lugar, la gran masa, disciplinadamente franquista y entumecedoramente rutinaria, ahogada entre el orgullo militar y la necesidad del pluriempleo. Sobre esta masa gravita-

⁴⁴ PUELL 2000, pp. 205-206.

ban tres grupos bien diferenciados. El primero lo constituían los hombres del régimen moderados, interesados en la modernización profesional y probablemente avergonzados por la distancia sideral a que se encontraba España de otros países del entorno. El general Díez-Alegría epitomizaba tales ansias de profesionalización. Un segundo grupo, muchísimo más pequeño, abarcaba a oficiales jóvenes, interesados en la profesión, con abundantes títulos universitarios pero ya un tanto reacios ante el régimen. El comandante Julio Busquets era el portavoz más conocido de este brote de fermento. Sin embargo, era el tercer grupo el que más atraía la atención. Se trataba del más numeroso y en él se reunían los cercanos al régimen, encabezados por los generales «azules». Era un grupo heterogéneo, en el que abundaban los combatientes de la guerra civil y los militares salidos de la Academia General y próximos a los servicios de información internos, que por aquella época habían proliferado como setas⁴⁵.

Es este último grupo el que recibió con uñas la propuesta de ley orgánica. La aproximación de doctrina hacia otros países occidentales, más empeñados que España en la defensa colectiva ante el adversario soviético, no les engañó un minuto. La propia definición de defensa hizo saltar chispas. Los probos generales de Franco se apresuraron a dejar en claro que la función de las Fuerzas Armadas era asegurar también el orden interno, es decir, la función política de apuntalamiento del régimen. Otro aspecto que despertó encono fue la separación de funciones entre el Jefe del Estado y el presidente del Gobierno, que según dijeron podría provocar división en los ejércitos. La idea misma de que pudiera crearse un ministerio de Defensa erizó más de un cabello entre aquellos pundonorosos militares. Al final Díez-Alegría fue cesado como jefe del Alto Estado Mayor en junio de 1974. Medio año más tarde el Gobierno retiró el proyecto de Ley de las Cortes para nuevo estudio⁴⁶. Había fracasado el único intento de poner sobre la mesa una organización más o menos moderna de la política de defensa durante el franquismo.

Ahora, eso sí, a pesar de la insuficiencia de las dotaciones materiales para configurar unas Fuerzas Armadas modernas y de la omnipresencia de la chatarra, en 1972 llegaron 54 modernos carros norteamericanos del tipo M-48. La División Acorazada Brunete, siempre en las proximidades de Madrid, contó por fin con un regimiento de carros en excelentes condiciones⁴⁷. Tras la expansión inigualada de los servicios

⁴⁵ CARDONA 369-370.

⁴⁶ BARRACHINA y PUELL.

⁴⁷ CARDONA 364.

de espionaje caseros, el régimen ponía a punto también su *ultima ratio* más próxima. Que los soviéticos pudiesen o no franquear los Pirineos o desembarcar en el Levante era algo que ya a casi nadie se le ocurría.

Conclusión: el modelo de disuasión franquista

En este erial conceptual y técnico y en el panorama desolador de esta modernización malograda resulta, sin embargo, evidente que el franquismo logró perfilar y desarrollar, de manera absolutamente pragmática, un «modelo de disuasión» peculiar. Es un modelo que subyace a la política de seguridad y defensa española desde los años cincuenta hasta el final de la dictadura. La conexión con Estados Unidos fue su clave de bóveda⁴⁸.

Ello es así porque, como ya señaló certeramente uno de los más agudos conocedores de la relación hispano-norteamericana, el embajador Carlos Fernández Espeso, esta cumplió esencialmente tres funciones:

- i) Una función de respaldo a la estabilidad (o a la normalidad política) en España.
- ii) Una función de apoyo a la política exterior española.
- iii) Una función de inducción de si no de una garantía de seguridad sí al menos de una aproximación a ésta.

Estas tres funciones se escalonaron en el tiempo. La primera había sido determinante en la génesis e inicial desarrollo de la relación en los años cincuenta y parte de los sesenta. La segunda dominó posteriormente. La tercera se reflejó en las pugnas de finales de la dictadura. Ninguna apareció en los textos. Pero en Madrid y en Washington siempre se entendió su significado. Es más, ambos Gobiernos entendían que ello no se escapaba tampoco a los restantes actores del juego internacional. De aquí la permanente voluntad española por mantener la continuidad de la relación, con tal de que lo que se presentase ante la galería fuese medianamente aceptable, vía artilugios de lenguaje o diversificación de las contraprestaciones por el arriendo del territorio nacional. Sólo así se explica un tipo de comportamiento negociador por parte española que tiene escasos paralelos en la historia de las relaciones exteriores de España⁴⁹.

⁴⁸ Todo esto se desarrolla más ampliamente en VIÑAS, 2003, pp. 441-452.

⁴⁹ Se han reflejado en VIÑAS, 2003b.

¿Cómo se configuró la conexión con Estados Unidos en la clave de bóveda de la disuasión franquista hacia fuera y hacia dentro? Después de lo dicho, no es difícil de identificar.

Hacia fuera: a pesar de toda la retórica oficial sobre la contribución española a la titánica lucha contra la expansión soviética, lo que España aportaba no eran capacidades militares sino su geografía o, dicho más elegantemente, su posición geoestratégica en la retaguardia. Estados Unidos jamás hizo con España el esfuerzo de rearme que con otros países aliados en la OTAN. Ahora bien, después del susto de Ifni-Sáhara, el Gobierno español, aún argumentando en términos de la lógica Este-Oeste, se preocupó un tanto de que el apoyo norteamericano sirviera también para cubrir los escenarios de seguridad propios en el área norteafricana. Para ello no hacían tanta falta armamentos, que a lo mejor no hubieran podido utilizarse, sino un apoyo político y diplomático consistente y del nivel más elevado posible. Nunca se ignoró en Madrid la proclividad norteamericana hacia Marruecos, sus intereses en la zona y su deseo de no verse mezclados en un eventual contencioso hispano-marroquí. De aquí la importancia de asegurar una conexión fluida y lo más cordial posible con los amigos norteamericanos. Si, por desgracia, los escenarios de seguridad llegaban a activarse, resultaría esencial que Washington jugase un papel de moderador o de mediador. Es más, una buena relación podría servir incluso para contrarrestar la posibilidad de tal activación. Sin los Estados Unidos el modelo de disuasión de la dictadura se quedaba cojo hacia fuera.

Pero el modelo funcionaba también **hacia dentro**. Para Franco esta variante resultaba incluso más importante. Mientras Washington mantuviera su apoyo a la dictadura, también tendría algún interés, cuando menos, en que ésta no se desestabilizara. En la medida en que los norteamericanos gozasen de un acceso a las bases con el que se sintieran satisfechos, Washington se convertiría, *nolens volens*, en uno de los *stakeholders* del régimen y estaría alerta a toda posible evolución en España que pusiera su inversión en peligro. A nivel más pedestre, hay que pensar, simplemente, en cuáles hubieran podido ser los efectos de una interrupción de la conexión. Es verosímil que hubiese dado alas a la oposición interna que no hubieran podido recortarse con alaridos estridentes de exacerbado nacionalismo, sobre todo a partir de los años sesenta. Los españoles redescubrían entonces el mundo exterior y salían poco a poco de la poza en el tiempo en que se había encerrado la dictadura.

La importancia vital de la conexión norteamericana explica algunos rasgos españoles, que ya detectó en su día Fernández Espeso:

- i) La propensión a acceder de antemano en lo esencial a las peticiones norteamericanas, sin que mediara la negociación correspondiente.
- ii) Una conducta laxa para supervisar y controlar el uso y la eventual ampliación de facto de las facilidades después de su concesión.
- iii) La ausencia de suficiente reacción, por la vía de hecho, para hacer sentir a los norteamericanos que la ayuda no marchaba como era de esperar.

En definitiva, en el campo esencial de la seguridad y de la defensa exteriores, desde el punto de vista de la dictadura la conexión con Estados Unidos sirvió para alcanzar fines esencialmente políticos, de visibilidad del apoyo externo a la misma en un mundo proceloso en el que el régimen tenía cerradas las puertas de los mecanismos de seguridad occidentales. Para los norteamericanos, por el contrario, la conexión respondía a una finalidad esencialmente militar y se concretaba en el deseo de utilizar lo más libremente posibles las bases, una vez pasados los años de deslumbramiento militar.

En definitiva, la apuesta por Estados Unidos dio al régimen, y en general a la derecha española, un sólido apoyo para mantenerse en el poder, asignar recursos a la seguridad interior y preservar un cierto grado de respetabilidad internacional. Creó, en ciertos sectores, una tradición que ha sobrevivido al paso de los años. El abrazo del amigo norteamericano ha vuelto a materializarse, por ejemplo, en los años Aznar.

Las condiciones históricas y políticas, internas y externas, son en ambos casos muy diferentes. La conexión con Estados Unidos fue una manifestación de una «gran estrategia» que el régimen franquista abrazó para sobrevivir. Es también una manifestación de lo que, bajo el Gobierno del PP no ha llegado a ser una «gran estrategia», para salir pretendidamente del rinconcito de la historia. Considérense, en cualquier caso, las siguientes funcionalidades que la conexión norteamericana desempeñó en dichas épocas históricas⁵⁰.

- En ambas se aspiró a captar recursos no disponibles internamente para transvasarlos a la lucha contra el enemigo común. En el franquismo se trató de recursos cuantificables y que se han cuantificado. En el segundo caso de recursos informativos y de inteligencia. Aquí se presupone, sin embargo, que han existido.

⁵⁰ Tomado de VIÑAS, 2004.

- En ambas se deseó contribuir a la modernización de los servicios más relevantes. En el franquismo fueron las Fuerzas Armadas, aunque los norteamericanos nunca estuvieron dispuestos a ir más allá de un cierto límite. En el segundo caso fueron los mecanismos de inteligencia, aunque por lo que se ha sabido de los trabajos de la comisión parlamentaria sobre el 11-M su utilización no parece que haya sido algo que pueda cerrar las puertas a la controversia.
- En ambas se pretendió poner al día los planteamientos doctrinales. En el franquismo mediante la inserción de la amenaza externa en unas Fuerzas Armadas que tenían encomendada la disuasión última del enemigo interior, el importante. En el segundo caso mediante el espaldarazo al concepto de «acciones de carácter anticipatorio» *à la Bush*.
- En ambas se quiso generar efectos de prestigio derivados del abrazo de la potencia hegemónica occidental. En el franquismo para sortear la frialdad que rodeaba al régimen en el exterior. En el segundo caso para jugar el juego de una política de potencia que no permiten, de por sí, los recursos propios movilizados.
- En ambas se intentó lograr el acceso a círculos de los que España no formaba parte. En el franquismo se trató de un amplio abanico que iba desde Naciones Unidas hasta la Comunidad Económica Europea y la OTAN. En el segundo caso se ha mencionado, vagamente, el G-8.
- En ambas se ocultó ante la opinión pública la ligazón, con lo cual se evitaba la posibilidad del desprestigio si tales objetivos no llegaban a materializarse. En el franquismo Estados Unidos nunca pudo forzar la mano de sus aliados en la OTAN ni mucho menos la de los miembros de la Comunidad Europea. En el segundo caso tampoco podría, verosímelmente, forzar la voluntad de Alemania y Francia, cuya aquiescencia sería necesaria. No se avanza hacia el consenso a base de patadas propinadas a quienes tienen que dar su visto bueno ya que el G-8 es un club informal, no una organización con requisitos objetivos de admisión.
- En ambas se partió de una profunda desconfianza respecto al vecino norteño y, sobre todo, del deseo de reducir su influencia en España. En el franquismo se le culpaba de esparcir ideas disolventes de la tan cacareada democracia orgánica. En el segundo caso se imputó a Francia haber ejercido una acción de dominio casi secular sobre la política exterior española.
- En ambas se utilizó la conexión con Estados Unidos para reforzar las posiciones políticas de cara a la frontera sur, oscureciendo

los errores propios y, sobre todo, la posibilidad de desarrollar acciones de «*constructive engagement*», que poco se avenían con el nacionalismo agrio que se esgrimía de cara a la galería interior. En el franquismo los diplomáticos españoles eran conscientes de que Washington contaban con una eventual mediación, si se llegaba a una situación de emergencia. En el segundo caso el manejo del teléfono por parte del secretario de Estado Colin Powell contribuyó a desactivar el incidente del islote Perejil, sin entrar en las causas y concatenaciones que llevaron al mismo.

- En ambas se utilizó mucho más la retórica y la alineación en términos meramente políticos y diplomáticos que la asignación pura y dura de recursos financieros y operativos que no fueron nunca demasiado abundantes. En el franquismo se asumió conscientemente un papel de *free-rider*, «chupando rueda» en la contribución a la seguridad colectiva. En el segundo caso el volumen de recursos destinados a defensa apenas si experimentó variación, al menos no hasta el extremo de incidir en el porcentaje del PIB situado invariablemente en la diminuta cota del 1,3%.
- En ambas hubo que bregar un tanto ante la opinión pública para justificar las decisiones. En el franquismo se acudió a la figura retórica de que si había que bailar con alguna potencia extranjera, por lo menos que fuese con la más importante. En el segundo caso las invocaciones a la necesidad de crear un vínculo «especial» con la única potencia hegemónica han sido constantes.
- En ambas se tomaron las decisiones esenciales en la soledad de los despachos presidenciales. En El Pardo o en La Moncloa. En los dos casos el Ministerio de Asuntos Exteriores quedó relegado al papel de mero ejecutor técnico. En ninguna de las dos épocas el aparato diplomático experimentó muchas otras modernizaciones que no fuesen las derivadas del cambio político, social y generacional global.

Y del aparato militar, ¿qué? Toda la manida política de seguridad y defensa del franquismo estaba basada en un aparato que constituía, como ha dicho Cardona, un terrible poder en el interior del país. Era, sin embargo, incapaz de sostener un conflicto internacional debido a la nada remota posibilidad de colapso de su sistema logístico, sin contar sus tremendas carencias en cuanto a capacidad de combate. Con todo, si eran unas Fuerzas Armadas franquistas, también estaban disciplinadas. «*Cuarenta años de dictadura (les) habían acostumbrado a obedecer, como nunca lo habían hecho los militares en la historia de Espa-*

ña». Cuando Franco murió, «*todos los generales y dos tercios de los jefes, cuya opinión era determinante, habían hecho la guerra civil, mientras unos 3.000 jefes y oficiales con mando de armas habían estudiado en la General. La lentitud de los ascensos no tenía parangón en ningún país desarrollado*»⁵¹.

Correspondió a los Gobiernos de la España democrática, apoyados por un puñado de militares patriotas a la cabeza de los cuales se situó el teniente general Gutiérrez Mellado realizar la reforma conceptual, orgánica y operativa necesaria para que las Fuerzas Armadas dejaran de ser una amenaza contra muchos de sus propios compatriotas y pudieran cumplir funciones normales de defensa y disuasión exteriores o contribuir a la proyección de influencia, como es habitual en los países avanzados y democráticos. Pero esta es ya otra historia.

Bibliografía

- AGÜERO, Felipe: *Soldiers, Civilians, and Democracy. Post-Franco Spain in Contemporary Perspective*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1995 (hay traducción española)
- AGUILAR OLIVENCIA, Mariano: *El Ejército español durante el franquismo. Un juicio desde dentro*, Akal, Madrid, 1999
- ALVAREZ, David: *Secret Messages. Codebreaking and American Diplomacy, 1930-1945*, University Press of Kansas, Lawrence, 2000
- BARRACHINA, Carlos: «Antecedentes de la reforma: las élites militares favorables a la reforma (1953-1976)», capítulo IV de *El regreso a los cuarteles: militares y cambio político en España (1976-1981)*, Red de seguridad y defensa de América Latina (RESDAL). Consultado en <http://resdal.org>
- BORCHARDT, Ulrike: *Militär und Politik in Spanien*, VSA-Verlag, Hamburgo, 1989
- BUSQUETS, Julio: *Pronunciamientos y golpes de Estado en España*, Planeta, Barcelona, 1982
- CARDONA, Gabriel: *El gigante descalzo. El Ejército de Franco*, Aguilar, Madrid, 2003.
- CASANOVA, Julián: «Una dictadura de cuarenta años», en Julián Casanova *et al: Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Crítica, Barcelona, 2002.
- CASAS DE LA VEGA, Rafael: *La última guerra de Africa. (Campaña de Ifni-Sáhara)*, Servicio de publicaciones del EME, Madrid, 1984
- COLLADO SEIDEL, Carlos: *Garantiemächte wider Willen. Neubetrachtung der britisch-amerikanischen Spanienpolitik (1942-1946)*, Marburg, 2004 (próxima publicación en castellano)

⁵¹ CARDONA, pp. 404-405.

- COMAS, José María y Mandeville, Lucien: *Les militaires et le pouvoir dans l'Espagne contemporaine de Franco a Felipe Gonzalez*, Presses de l'Institut d'Études Politiques de Toulouse, Toulouse, 1986
- DAGUZAN, Jean-François: *L'Espagne à la croisée des chemins. Défense. Économie. Technologie*, Publisud, París, 1988
- DELGADO, Lorenzo: «¿El "amigo americano"? España y Estados Unidos durante el franquismo», de próxima aparición en *Studia Historia*
- FISCHER, Martina: *Spaniens ungeliebtes Militär. Legitimitätsdefizite: Öffentliche Meinung, Protestbewegungen und die Reaktionen des Militärapparats (1982-1992)*, Vervuert, Frankfurt, 1996
- HEIBERG, Morten: *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 2003
- LABATUT, Bernard: *Renaissance d'une puissance? Politique de défense et réforme militaire dans l'Espagne démocratique*, Economica, París, 1993
- LOSADA MALVÁREZ, Juan Carlos: *Ideología del Ejército franquista (1939-1959)*, Istmo, Madrid, 1990
- LLEIXÀ, Joaquim: *Cien años de militarismo en España*, Anagrama, Barcelona, 1986
- MORENO GÓMEZ, Francisco: *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla*, Crítica, Barcelona, 2001
- , «La represión en la postguerra», en Juliá, Santos et al: *Víctimas de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid, 1999
- OLMEDA GÓMEZ, José Antonio: *Las Fuerzas Armadas en el Estado franquista*, Ediciones El Arquero, Madrid, 1988
- PLATÓN, Miguel: *Hablan los militares. (Testimonios para la historia, 1939-1996)*, Planeta, Barcelona, 2001
- PUELL DE LA VILLA, Fernando: Gutiérrez Mellado. Un militar del siglo xx, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997
- , *Historia del ejército en España*, Alianza, Madrid, 2000
- ROS AGUDO, Manuel: *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*, Crítica, Barcelona, 2002
- VIGÓN SUERODÍAZ, Jorge: *Milicia y Política*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1947
- , *El espíritu militar español. Réplica a Alfredo de Vigny*, Rialp, Madrid, 1950
- VIÑAS, Angel: *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Crítica, Barcelona, 2003
- , b): «La negociación y renegociación de los acuerdos hispano-norteamericanos, 1953-1958: una visión estructural», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 25, 2003
- , «Tras los pasos de George W. Bush o el discreto encanto de una gran estrategia» (de inminente aparición en *Sistema*)
- VIÑAS, Angel et al: *Política comercial exterior en España (1931-1975)*, volúmenes I y II, Banco Exterior de España, Madrid, 1979
- WATSON, William Braasch: «25 Years of U.S. Military Involvement in Spain, 1951-1975» en Samuel Chavkin et al, Spain: *Implications for United States Foreign Policy*, Grylock Publishers, Stamford, Conn. 1976